

## Los últimos del Molino Lobo

Peñañiel ha sido, es y seguirá siendo una zona cerealista de referencia. Durante la pasada centuria el municipio pudo presumir de una importante industria artesanal y alimenticia dirigida, sobre todo, a cubrir las necesidades primarias de los que vivían y trabajaban en la comarca.



Y dentro de esta industria, la harinera y la molinería han tenido desde la Edad Media un gran peso en la Villa a través de unos molinos harineros que siguieron funcionando para lo que se idearon y construyeron hasta más de la mitad del siglo XX.

Tal es así, que en Peñañiel se llegaron a contabilizar hasta siete de estos molinos que producían energía mediante piedras movidas por la fuerza del agua. Uno de ellos estaba junto al curso del río Duero: la aceña de Curiel, mientras que el resto estaba dispuesto alrededor del curso del río Duratón, que atraviesa la localidad: el molino de San Pablo, el de Arenillas, el de Requejo, el Molino de Palacios, el de San Miguel y, finalmente, el que nos ocupa y preocupa en este reportaje: el Molino Lobo.

Algunos de ellos fueron desamortizados y vendidos en subasta pública, cuyos compradores no los explotaron directamente, sino que los arrendaron.

Lo contaba La Voz de Peñañiel en un anuncio

### *Rodrigo Ortega*

que salió publicado en el periódico en el año 1913.

*MOLINO HARINERO: Se cede en renta o venta el Molino titulado de el Lobo, en aguas del Duratón, y a cuatro kilómetros de esta villa, con tres puestos de piedras, limpia y cedazo y depósito para turbina, pudiendo desarrollar una fuerza de sesenta caballos. Del precio y condiciones informará D. Tomás Molinero, Médico en Peñañiel.*

Pero escrito este breve preámbulo, el que esto escribe quiere contar en estas líneas como era la vida de la última familia que vivió en la casa que había en el Molino Lobo, más o menos entre los años 1952 y 1963, antes de que este dejara de funcionar y se cerrara definitivamente.

Una vivienda ubicada en el margen izquierdo de la carretera que une Peñañiel con Rábano desde el Valdobar, actualmente en ruinas, que era propiedad de la empresa Electra Popular Vallisoletana durante los años en los que los cinco miembros de la familia Viejo Repiso, el matrimonio formado por Emilio Viejo e Isidora Repiso, junto a sus tres hijos María Iluminada, José Luis y Begoña, entraban a vivir en ella acompañados de *Trostky*, el perro de la casa, al que le gustaba intentar atrapar saltamontes, pero que no tuvo un buen final por cuanto murió arrollado por un camión.

*El animal* fue sustituido después por otro perro más menudo que se encargaba de vigilar la vivienda, además de cuidar los numerosos animales que allí había, como si fuera una granja, con los que esta familia subsistía y se alimentaba.

De hecho, por el Molino Lobo campaban a sus anchas numerosos patos, cerdos, conejos, pollos y gallinas e, incluso, había una cabra y un burro. Eran los años más duros del Franquismo, unos tiempos de zozobra en los que la Guerra Civil estaba aún muy cercana,

con una España que trataba de sacar la cabeza, pero en la que había mucha escasez y demasiadas penurias.

En el Molino Lobo no había lujos. El mobiliario era sencillo. El justo y necesario para las labores diarias. De hecho, por no haber no había ni agua corriente. Y aunque era un lugar frío para vivir, ya que tampoco se disponía de estufas para calentarse, no era incómodo y, sobre todo, no se pasaba hambre.

Emilio, el patriarca, además de mi abuelo, era un trabajador incansable. Electricista de profesión, trabajaba en la mini-central hidroeléctrica que había en el Molino Lobo junto a otras dos personas, Malaquías Izquierdo y Eleuterio Pérez Cornejo, en los tres turnos que había (De 10 a 18 horas; de 18 a 2 horas; y de 2 a 10 horas), según recuerda Begoña.

Aparte de su trabajo en el molino y de criar animales, la familia también tenía un pequeño huerto en el que había todo tipo de verduras y hortalizas, especialmente tomates, cebollas, lechugas y alubias verdes, con las que esta familia se alimentaba y conseguía también un ingreso extra para sus maltrechas arcas. Era habitual que los hijos de Emilio e Isidora subieran de cuando en cuando a los pueblos de alrededor, como la Torre de Peñafiel, Rábano, Canalejas de Peñafiel e incluso a Aldeayuso a vender estos alimentos que con tanto mimo y esmero cultivaban y cuidaban durante todo el año en su pequeño huerto.

Así discurría el día a día en el Molino Lobo, con el trabajo de la central y su producción de energía, el cuidado de la huerta y de los animales, además de espigar cuando llegaba el momento, algo que hacía la madre, que también se encargaba de las labores de casa, pero también los hijos, quienes tenían que arrimar el hombro para salir adelante. Era otra época.

La vida en el Molino Lobo era entretenida, ya que era un lugar de paso y mucha gente se acercaba allí a conversar con la familia. De hecho, cuenta Begoña que era muy habitual ver por allí a la Guardia Civil y a otras personas que iban con sus carros a los pueblos de la zona a vender lo que llevaban e incluso

trasladar recados, y que solían parar allí un rato a descansar y charlar.



Los niños se apañaban con cualquier cosa para divertirse. Por ejemplo, jugaban a tirar nidos o cazar bichos, y además tenían el río al lado para poder bañarse cuando el calor apretaba, pero con precaución. También se entretenían con las cartas y el parchís, y disfrutaban cogiendo los frutos de los árboles que había por las fincas de alrededor, como cerezas y melocotones. Era la década de los años 50 y no había mucho más, tampoco la televisión había llegado. Aunque tanto Lumi como Begoña recuerdan que tenían en casa un aparato de radio, y que en, cuanto podían, se quedaban junto a él escuchando lo que se decía para intentar estar al día de lo que pasaba en el país y en el mundo.

La familia Viejo Repiso vivió en el Molino Lobo durante unos diez años entre la década de los años 50 y 60, justo hasta que cesó la producción de energía hidroeléctrica.

Y ya no viviría nadie más allí. El edificio actualmente está en ruinas, pero aún se mantiene en pie una parte de lo que fue, junto al río, en un paraje muy bonito, en el que sobresale una pequeña catarata que es un lujo para los sentidos...